

**Nada  
o  
el vacío observable del espacio**

**Felipe Caro Pérez**



UNIVERSIDAD  
CATÓLICA DE  
TEMUCO

EDICIONES UCT  
ESTRATEGIA DE INVESTIGACIÓN Y  
DESARROLLO PRODUCTIVO

Título: *Nada o el vacío observable del espacio*

© de los textos: Felipe Caro Pérez

© de esta edición: Ediciones UC Temuco

ISBN:978-956-6224-27-3

Registro de propiedad intelectual: 2023-A-11838

Primera edición: 2023

Ediciones de la Universidad Católica de Temuco

Av. Alemania 0211, Temuco, Chile

ediciones.uct.cl • ediciones@uct.cl

Derechos reservados para todos los países.

Producción general

Claudia Campos Letelier

Coordinadora de Ediciones UC Temuco

Edición

Patricio Alvarado Barría

Diseño

Víctor Hugo Pino

Imagen de portada: Retrato fotográfico del autor

realizado por Mauricio Ascencio Zúñiga

Imagen ex-libris: Angeles Hernández Zúñiga,

estudiante de Artes Visuales UCT.

Impreso en Andros Impresores, 2023

**Nada**  
**o**  
**el vacío observable del espacio**



## El resplandor residual del Big Bang o la canción de Supernova que aún no escuché

Múltiples son las aproximaciones del animal humano al vértigo del insondable cosmos. Robert Fludd, pensador rosacruciano y médico paracélsico, contemporáneo de Shakespeare, se hizo eco de la teoría pitagórica de las correspondencias entre microcosmos y macrocosmos, y acuñó, para describir el enlace entre ambos niveles de realidad, el concepto de «afinación del mundo», que inspiraría y daría título a un fundamental libro de Raymond Murray Schafer, *El paisaje sonoro y la afinación del mundo* (1977). La tesis de Fludd es sencilla y hermosa, y podría resumirse más o menos así: el microcosmos, la *matrix*, la cáscara de nuez en que habitamos los humanos, es ajustada periódicamente por el autor del universo, ese infatigable músico supremo que teje, desde siempre, la melodía continua que es la vida misma, en toda su escala de armónicos y resonancias.

El poemario que hoy presentamos, *Nada o el vacío observable del espacio*, es el primer título de la Colección de Poesía Yosuke Kuramochi, de Ediciones UCT. Su autor, el temuquense Felipe Caro —con otras tres publicaciones a su haber: *Hija* (Poleo Ediciones, 2010), *Nadir* (Editorial Bogavantes, 2017) y *Pieza País* (Libros del perro escondido, 2021)— nos ofrece un modo de «afinar» el mundo apelando a una visión sintética, transparente, casi en sordina, de la conexión entre el cosmos y lo mundano, entre lo de aquí abajo y lo de allá arriba; una visión que, dicho sea de paso, es también la reelaboración de algunos de los temas que obsesionan al autor y que cruzan

toda su poética.

Ya en los escasos y descarnados poemas de *Hija* —plaquette de tapas rojas en cuya contratapa invertida asoma, cual gemelo dicigótico, el poemario hermano de *Hija: Azúcar*, de Jorge Volpi—, Caro ensaya en su telescopio casero algunas aproximaciones al espacio observable. Es así que en «Lunas para ti», dedicado a su hija Matilda, escribe: «son tuyas todas mis lunas:/ las escondidas tras nubes, / las flacas solitarias, / las que no caben en el cielo/ o las que el día no puede acallar<sup>1</sup>.» En el poema «Al inicio del eriazo», que rezuma un vaho zen o minimalista que podríamos señalar como uno de los rasgos más seductores del estilo escritural de Caro, leemos: «Yo no quiero llenar el vacío / únicamente adornarlo un poco<sup>2</sup>.»

*Nadir* —libro publicado en la Serie de Poemas de Editorial Bogavantes y cuyo título preanuncia el del texto que hoy presentamos— despliega en toda su exuberancia la capacidad de Felipe Caro para ir situando, en el horizonte de su visión, una reflexión sobre el espacio mismo como una demarcación siempre fluida del caminar —«usted sabe que no puedo ir lejos, que todas las calles van a parar a un recuerdo<sup>3</sup>»— como anotaciones al margen de ese mismo caminar, o como si el deambular del poeta por su ciudad —la misma Temuco (o casi) de Yo-

---

1. Caro, Felipe. «Lunas para ti», en *Hija*, (Poleo Ediciones, 2010), sin numeración de página.

2. Caro, Felipe. «Al inicio del eriazo», en *Hija*, (Poleo Ediciones, 2010), sin numeración de página.

3. Caro, Felipe. «A usted», en *Nadir*, (Editorial Bogavantes, Valparaíso, 2017), p.7.

suke Kuramochi— fuera causando grietas no en el pavimento o la arquitectura de la urbe, sino en el mismo núcleo de su ser. Se van develando así las primeras luces o callejones de un Temuco intensamente irreal, como de sueños —«la periferia es un pueblo olvidado donde el río duerme<sup>4</sup>»—, agazapado como un monstruo arcaico, a la manera de esas mismas bandurrias jurásicas que surcan el Temuco de humo y piedra —«Temuco es un poema que no me atrevo a leer<sup>5</sup>»—por el que transita el poeta con sus antenas polinizadoras.

*Pieza País*, manufacturado por los dedos maestros de Javier Alejandro Neira, nos permite escuchar a un Felipe Caro ocupado ya no en cantar las veleidades y perplejidades de su GPS sentimental, sino en capturar, acorralar si se quiere, como un colisionador de hadrones, el fonema nuclear del lenguaje, la sílaba arquetípica, o el balbuceo primigenio. Por las 50 páginas de este artefacto —no me atrevo a llamarlo libro o *plaque*—, ya no pululan las líneas fuerza de la ciudad y sus azorados habitantes, sino los mínimos ecos de un mundo en formación, pleno de extrañezas, en cuyo plasma flota una horda de sonidos sutiles, de ecos, de insectos transfigurados —«Hormigas recorrieron mi cuerpo / y terminaban en mi boca. Fui red de arañas, esquina de la oscuridad<sup>6</sup>»—. La voz de Caro se ha decantado ma-

---

4. Caro, Felipe. “Donde el río duerme”, en *Nadir*, (Editorial Bogavantes, Valparaíso, 2017), p. 67.

5. Caro, Felipe. “Pasaje 2”, en *Nadir*, (Editorial Bogavantes, Valparaíso, 2017), p. 22.

6. Caro, Felipe. *Pieza País*, (Libros del perro escondido,

gistralmente por el *coagula*, la síntesis imposible de los alquimistas. Las hojas de papel de caña de azúcar de *Pieza País* rebosan de una poesía densa y penetrante, cargada de presagios tan perturbadores como los compases transitivos de una sinfonía de Mahler. Aquí transcribo uno de mis favoritos:

Era un rumor  
pero las voces decían  
—pisadas arriba,  
cuidado!,  
puedes ser tú arriba—  
las voces decían<sup>7</sup>.

*Nada o el vacío observable del espacio* (Ediciones Universidad Católica de Temuco, 2023) marca un punto de inflexión en el trabajo poético de Felipe Caro. Salta al ojo la preocupación del autor por conferir al objeto libro una unidad interna más propia de una «novela», una «sonata» o un «fresco», que de una llana colección de poemas. Por otro lado, la voz del poeta se ha asentado, adquiriendo una especie de ingravidez que vuelve hipnótica la experiencia de la lectura. Una canción y una galaxia dialogan en perfecta sincronía, como si pertenecieran al mismo orden de magnitudes. El telescopio casero de Caro no ha desaparecido —gracias al cielo— sino que se ha fusionado en una suerte de hibridaje ejemplar con un radiotelescopio tipo ALMA<sup>8</sup>, de 66 antenas. Esa nue-

---

Temuco, 2021), p. 36.

7. Caro, Felipe. *Pieza País*, (Libros del perro escondido, Temuco, 2021), p. 38

8. Atacama Large Millimeter/submillimeter Array.



va madurez le otorga una deliciosa transparencia a su escritura, que seduce ya desde el título de los poemas. Por ejemplo, «Nubes moleculares gigantes», tendría un sentido distinto si terminara allí, pero no, el título es «Nubes moleculares gigantes o fotografía de un día de playa». También «El paralaje o la cantidad de canciones que contiene la espera» o «La ecuación del cohete o la necesidad de hablar sobre luciérnagas que no vi». En cada uno de esos tres ejemplos se superponen imágenes situadas en campos semánticos dispares que, al contrastarse, producen algo así como un cosquilleo en las sinapsis, cosquilleo que tal vez sea el efecto más recurrente de toda auténtica poesía.

Un registro fundamental en *Nada o el vacío observable del espacio* es la presencia gravitante de algunos símbolos centrales de la cosmonáutica soviética: el primer cohete del programa espacial Vostok, la estación espacial Mir, junto a los pioneros del viaje especial Yuri Gagarín y Valentina Tereshkova. A Caro le conmueve que tanto Gagarín como Tereshkova fueran personas comunes y corrientes, forzados por las circunstancias a convertirse en héroes. En una conversación reciente, tras anunciarse el fallo del jurado de la convocatoria, le escuché decir: «Me gusta la sensación de que eran unos nadies antes de eso. Y cualquier texto, cualquier poema, cualquier libro, antes de la lectura también es un nadie».

Es llamativo que el poemario comience y cierre con el nombre de Valentina Tereshkova —la primera mujer en ir al espacio—, lo que resuena con la especial admiración de Caro por las poetas mujeres —Elvira Hernández, Malú Urriola, Verónica Zondek, Rosabetty Muñoz (Tereshkova, hasta cierto

punto, era una poeta también)—. «Tiene que ver también con esto de afelio y perihelio —explica el autor en la conversación mencionada—, de que nos alejamos del sol, pero de cierta forma siempre retornamos. Pese a no haberlo pasado muy bien allá arriba, Tereshkova siempre tuvo la ilusión de volver, pero no se lo permitieron ...»

Entre los ruidos o resonancias, o *insights*, que vertebran el acontecer y nutren la poesía de Felipe Caro, se encuentra su fecunda amistad con otros poetas de su generación, muchos de ellos compañeros de viaje en el taller literario del entrañable escritor temuquense Guido Eytel; también el hecho de hacer clases a adolescentes que tienen la misma edad de su hija Matilda; o el no haber trabajado ni vivido nunca fuera de su ciudad natal, circunstancia que el mismo Caro ilustra, sonriente, con la letra de una canción de Supernova: «Yo no hablo inglés, no viajo mucho, pero sé leer<sup>9</sup>», letra que resuena con estos versos de «El silencio tras tu voz», uno de los primeros poemas de *Nadir*:

La región te pesa.  
Hablas de Valparaíso.  
«Jamás he ido», te digo.  
Tampoco he salido de Temuco  
y estoy solo<sup>10</sup>.

---

9. «Yo no hablo inglés / vivo en un barrio que no es burgués / Yo me siento bien, no viajo mucho pero sé leer». «Mi amor no se compra», canción de la banda chilena Supernova. (En CD *Supernova*, 1999).

10. Caro, Felipe. «El silencio tras tu voz», en *Nadir*, (Editorial Bogavantes, Valparaíso, 2017), p. 8.

En un libro revelador, *Un universo de la nada* (2012), Lawrence Krauss narra el apasionado esfuerzo de los astrofísicos en busca la primera luz del universo. El nombre técnico de esa candela inaugural asusta un poco, «radiación del fondo cósmico de microondas o RFCM». Pero Krauss aclara: «la RFCM no es otra cosa que el resplandor residual del Big Bang».

Me gusta pensar que este admirable poemario de Felipe Caro nos entrega, justamente, la posibilidad de conectarnos con ese resplandor residual, esa luz primera de nuestro origen, cuyo eco perdura en las pulsaciones de las galaxias, pero también en el avistamiento de un ave, en el gorgoteo del té, en los encuentros y «ruidos» de cada día, materiales con los que el poeta ha creado su propia técnica de «afinación del mundo», en este resonante tapiz poético que hace honor a la tradición literaria de La Araucanía.

Carlos Lloró Sosa  
Director de Extensión Académica y Cultural  
Universidad Católica de Temuco



**Afelio**



**Valentina Tereshkova o la vuelta al mundo de  
casi tres días luego de ordenar los papeles del  
escritorio**

Cuarenta y ocho vueltas a  
la idea  
de tierra.

Setenta horas  
de pronunciar  
y despronunciar  
verbos que no  
poseen núcleo;  
ausencia del campo magnético:  
sol  
/  
edad

Gestos y articulaciones  
se diferencian  
según  
luz y sombra.

Un paracaídas que  
se pierde de vista  
sobre el océano.

En el aire,  
¿cuántas veces pensaste  
que la respiración del mundo  
te rodeaba?

Se respira por un tiempo  
antes de morir.

Las voces a cierta altura no son percibidas.  
Desde el cielo todo es a escala.

Una vida  
en proporción a otra.

Un significado  
en proporción a otro.

Hundirse  
en la oscuridad  
por buscar la luz de una estrella.

La oscuridad  
hundida en ti

por pronunciar estrella.

Toda organización es,  
en su estructura,  
formas de seguir un camino.

Se registra un acta  
por el acuerdo  
que rodea la luz.

Asamblea de polillas.

La torpeza en sus alas  
como ofrenda.

Cuatrocientas golpearon una y  
y otra y  
otra y



otra vez la ampolleta,  
la pared,  
la ventana.

Pudo salir una por la pequeña abertura.  
Para ella la noche.

Pronuncia un sonido,  
otro se extravía.

¿Sabrá mi lengua acomodarse al espacio  
dejado?

En la atmósfera  
línea  
vertical

Las intenciones son capas gaseosas  
que regula las temperaturas  
de las mareas  
en la tierra.

Es cosa de detenerse en un paradero  
y observar las consecuencias.

La huella  
que señaló el camino.  
El tiempo aplastado en el barro.

Agua y tierra  
como recuerdo.

De huesos el inicio/  
de deseos  
el aparataje/  
de carnes la consumación/  
comandos programados que ya  
no responden.

Es intermitente  
la señal.

Registro el tránsito  
en el block  
de notas.

Lo que quedó de carencia;  
una foto  
con tu nombre y apellido.  
El papel tuvo su propio reflejo  
perdido  
entre hojas.

Lo que fue

ya no está.  
Lo que está,  
ya no fue.

Una raya azul, el siglo.

La Gaviota

supo volar donde

el resto escribió oscuridad.

Su graznido declaró:

«todo marcha espléndidamente».

Nada es así de fácil.

La apariencia,

desde tierra, es una

estrella

en movimiento.

Desde el espacio

un satélite

sabe más

de mí

que

cualquier persona en el planeta.